

JOSE CARLOS MARIATEGUI

LA ESCENA CONTEMPORANEA



EDITORIAL MINERVA
LIMA
MCMXXV

NOTA DE EDICIÓN

JOEL ROJAS HUAYNATES

La primera edición de *La escena contemporánea* fue publicada por la editorial Minerva. Un aviso publicitario en la revista *Variedades*, fechado el 28 de noviembre de 1925, anunciaba su aparición en librerías, con un precio de 1.80 soles. También podía adquirirse en la calle Sagastegui 669, sede de la propia editorial, que funcionaba además como librería.

El libro inauguraba la colección Biblioteca Moderna, tal como se consigna en su lomo. En esta primera edición no se utilizó el reconocido logotipo diseñado por el pintor Emilio Goyburo Baca, sino una imagen bastante estándar de la diosa Minerva. El tamaño del libro fue de 17,5 x 12,2 cm, y la caja de texto medía 12 x 8 cm, con márgenes destinados al encabezado y a la numeración de las páginas.

La portada del libro usó cartulina impresa, que fue lo más común en ese tiempo, y las hojas estaban hechas de papel mecánico, por eso las ediciones que hemos revisado están amarillentas. La tipografía empleada en el cuerpo del texto fue una serif tradicional, pensada para facilitar una lectura continua y fluida. Los subtítulos estaban compuestos en versalitas, aportando jerarquía sin romper la armonía del diseño. En contraste, la cubierta y los títulos principales recurrían a una tipografía de estilo Art Nouveau, que reflejaba las influencias vanguardistas del momento. Esta combinación crea un contraste visual interesante porque evidencia una tensión entre tradición tipográfica y experimentación gráfica.

El Grupo Heraldos Editores ha realizado una cuidadosa digitalización de la primera edición, preservando tanto el estilo tipográfico original como la numeración de sus páginas. No obstante, se ha ampliado el tamaño de la caja de texto para facilitar la lectura y se han corregido varias erratas presentes en la edición original, respetando siempre el espíritu del texto. Gracias al trabajo de Stephanie Barreto, fue posible reconstruir fielmente la portada original. Por su parte, el diseño gráfico de la caja estuvo a cargo del artista Kervin Calle, quien elaboró una imagen de Mariátegui mediante una técnica de estencil con trama lineal, aportando una interpretación visual contemporánea del autor.

Esta edición conmemorativa que realizamos es un tributo a la editorial Minerva, ese espacio pionero donde la palabra se convirtió en herramienta crítica y la edición, en acto político. También, nos enseñó que una editorial no es solo un vehículo de difusión cultural, sino un lugar de disputa estética-política. Al reeditar esta obra fundacional en un contexto atravesado por el resurgimiento de fuerzas conservadoras y autoritarias, afirmamos nuestra voluntad de resistencia. Por ello, reivindicamos el poder de la palabra impresa como trinchera, y el legado de Mariátegui como faro para imaginar un país libre, plural y justo.

Agradecimientos: a la Biblioteca Central «Pedro Zulen» de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, y especialmente a José Carlos Medina, por ayudarnos a encontrar la edición firmada que Mariátegui obsequió a esta institución. También extendemos nuestro agradecimiento al Archivo Mariátegui — Ana Torres, Ricardo Portocarrero y José Carlos Mariátegui Ezeta—, quienes nos autorizaron publicar documentos y cartas; a Raúl Soto, por proporcionarnos fotografías con detalles de la portada; a Gean Paul Salazar, de Librería Lima, por conseguirnos un ejemplar de la primera edición; y a Osmar Gonzales, por aceptar participar con su estudio preliminar.

ESTUDIO PRELIMINAR

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, *LA ESCENA CONTEMPORÁNEA* Y LA IMPORTANCIA DE LA PALABRA IMPRESA

OSMAR GONZALES

Es sencillo imaginar el espíritu desbordado con el que José Carlos Mariátegui retornó al Perú en mayo de 1923, luego de haber fungido como una especie de agregado cultural en Italia, a donde lo envió el presidente Augusto B. Leguía en 1919, cuando empezaba a sacudirse de sus opositores echando mano de diversas estrategias. A Mariátegui lo colocó en la disyuntiva de elegir entre la cárcel o el exilio embozado; prefirió lo segundo, y es muy probable que tuviera en mente lo que le había contado su escritor-guía de entonces: Abraham Valdelomar.

El autor de *El caballero Carmelo* le decía al joven periodista que desde su puesto en la Legación peruana en Italia tuvo la oportunidad de admirar la belleza y el arte de aquel país, y le aconsejaba que debía, en algún momento, visitar, lo que materialmente era casi imposible que Mariátegui pudiera llevar a cabo. Es sensato suponer que, precisamente, las exiguas condiciones económicas llevaron a Mariátegui a optar por el exilio embozado, cumpliendo funciones en la Legación peruana en Roma; allí comprobaría todo lo que le había descrito el cuentista iqueño. Desde el país de la bota, Mariátegui viajaría hacia buena parte de Europa: vivió de cerca las consecuencias de la Gran Guerra, observó tanto el fortalecimiento del movimiento obrero como la expansión del capitalismo y el surgimiento del fascismo, y se alimentaría espiritualmente del élan revolucionario marxista que, como un fantasma, ya recorría el mundo. La diferencia entre las experiencias de Valdelomar y Mariátegui reside en que el primero estuvo en Italia antes de la Gran Guerra, mientras que el segundo lo hizo en la posguerra. Cada uno respiró distintos ambientes sociales, políticos y culturales; sin embargo, la experiencia europea marcaría igualmente su pensamiento y su arte.

Mariátegui no viajó a Europa pensando en quedarse, en ser un intelectual trasplantado, sino en volver en algún momento para retomar su periodismo incipientemente revolucionario que, junto con su camarada César Falcón, había dejado como un proceso en suspenso, en especial cuando dirigían el diario *La Razón*, como tan didácticamente lo ha explicado Juan Gargurevich (1978), periodista estudioso de la historia del periodismo. En sus años en Italia —en los que observó de cerca los congresos obreros, donde destellaba la figura del ideólogo marxista Antonio Gramsci—, Mariátegui, junto a otros peruanos ya marxistas, se había comprometido a fundar, a su regreso al Perú, el partido comunista y una publicación que sostuviera tal proyecto político.

Como señalé, Mariátegui no tenía en mente quedarse en Europa, sino que, paulatinamente, fue creciendo en él el perentorio objetivo de aclimatar el pensamiento revolucionario marxista en el Perú. Diferente era el caso de Valdelomar, quien pensaba prolongar su estancia europea el mayor tiempo posible, pero la caída del gobierno de Guillermo E. Billinghurst, de quien fue asesor, lo obligó a retornar en 1914; o el de los hermanos Francisco y Ventura García Calderón y Felipe Sassone, miembros de la generación del 900, quienes partieron sabiendo que no regresarían, salvo para visitas ocasionales.

El caso de Mariátegui es más cercano al de otros intelectuales novecentistas, como José de la Riva-Agüero y Víctor Andrés Belaunde, que debieron salir del Perú por su crítica explícita al leguismo, pero que nunca dejaron de tener en mente su regreso al país. La diferencia entre ellos se encuentra en las convicciones ideológicas con las que regresaron: Riva-Agüero volvió en 1930 abrazando el fascismo, Belaunde lo hizo en 1931 como ideólogo del socialcristianismo, Mariátegui retornó al Perú portando en su cabeza y corazón el proyecto revolucionario del marxismo. De alguna manera, el de Mariátegui fue el camino que más tarde seguiría Víctor Raúl Haya de la Torre, quien partió de Lima en 1923 con ideas filo-anarquistas y retornó, en 1931, como marxista-leninista decidido a formar el partido aprista.

Por todo esto, decía que es fácil imaginar el ánimo con el que Mariátegui se reinstalaba en el Perú en mayo de 1923. Vino a revolucionar la vida completa; puso al servicio de la clase obrera lo nuevo que había adquirido en Europa, decidido a polemizar con quien lo desease, a transmitir su visión del mundo, a integrar una red de pensadores sociales revolucionarios más allá de las fronteras peruanas, y a modificar la política tradicional oligárquica, todo ello desde la actividad que más amaba: el periodismo. No necesitó para ello seguir estudios universitarios formales, pues no había podido terminar la primaria debido a su precaria salud. Mariátegui regresó con conocimientos, experiencias y un espíritu revolucionario, y con la fe de transformar el panorama ideológico y político peruano.

Así, asumiría la dirección de las Universidades Populares Manuel González Prada y de su órgano de expresión, de inspiración barbussiana, *Claridad*, creados por Haya de la Torre. Trágicamente, al año siguiente de su regreso al Perú, en 1924, Mariátegui sufriría un drástico deterioro de su salud: la amputación de una

pierna, como consecuencia de la osteomielitis que padecía desde niño. Pero, al contrario de lo que podría suponerse, no renunció a sus ideas ni a sus proyectos, sino que, tomando fuerza de la adversidad, buscó materializarlos desde otro espacio: la impresión de libros.

En efecto, en 1925 fundaría la Imprenta Minerva junto a su hermano Julio César, quien también tenía experiencia en periodismo y administración de empresas periodísticas por su tiempo en Huacho. Además, había comprado una moderna máquina tipográfica de fabricación italiana, marca Nebiolo-Torino¹ (Gonzales Alvarado, 2021). Para José Carlos, era doble el objetivo de Minerva: ideológico y económico. Así como divulgaría las nuevas ideas por medio de obras de autores tanto consagrados como jóvenes, le serviría también para generar ingresos dada su mudada condición física, como él mismo decía, y enfrentar las responsabilidades familiares con las que había regresado desde Italia. No era una empresa fácil de realizar.

El Perú oligárquico, jerárquico y excluyente tenía como uno de sus elementos de distinción y discriminación, el uso pretendidamente exclusivo de la palabra escrita, cuyos poseedores, además, debían responder a cierto perfil, el de los criollos, para ser socialmente aceptados. Aun así, hubo rendijas por las que se escurrieron autores que, proviniendo de otros ámbitos sociales, culturales y económicos, estamparon su impronta, modificando el panorama intelectual del Perú de inicios del siglo XX.

El ya mencionado Valdelomar, en tantas cosas precursor de Mariátegui, es un ejemplo; otro, y más significativo incluso, es el del propio ideólogo marxista. Social y económicamente, no contaba con las condiciones que permitieran prever que sería capaz de apropiarse de la palabra escrita, y con tanta maestría, pues ni siquiera tenía los estudios escolares básicos. Era, además, pobre, provinciano, enfermizo y de características físicas mestizo-andinas. Precisamente, todo lo que las élites oligárquicas consideraban que debía ser excluido de las esferas merecedoras de reconocimiento. Pero el talento se sabe abrir camino.

Mariátegui, desde que ingresó al diario *La Prensa* en los inicios de 1900, fue exhibiendo y puliendo sus dotes de analista y de estilista de la prosa, hasta que se ganó un lugar en el diario dirigido por Alberto Ulloa Cisneros (1930). Desde esos años, el joven periodista fue recabando la legitimidad de los lectores que frecuentaban las páginas de un diario que había llegado a ser uno de los más importantes a nivel nacional.

Luego de dejar atrás su etapa diletante y esteticista, Mariátegui llegaría a convertirse en un periodista comprometido, apoyando tanto las luchas obreras por la reducción de la jornada laboral como la reforma universitaria de los jóvenes sanmarquinos en 1919, el mismo año en que Leguía asumió el poder por segunda vez y lo envió a Italia, como ya hemos mencionado.

¹ Ahora la imprenta se encuentra en exhibición en la Casa de la Literatura.

Desde Europa, Mariátegui observaría la vida política mundial. En sus contribuciones periodísticas —columnas bajo el título »Figuras y aspectos de la vida mundial—, enviadas a *Variedades* y a *Mundial* —revistas de prestigio entre los lectores—, se observa su proceso de maduración personal e ideológica. La seguridad de su escritura transmite la certeza de sus opiniones; no solo es capaz de comprender a las fuerzas en pugna (partidos, países, bloques de naciones, culturas), sino que también tiene la cualidad de entender la psicología de los personajes. Sus escritos nos retratan el escenario en el cual se desatan las fuerzas políticas por el predominio en Europa, así como a los individuos que protagonizan y encarnan los proyectos políticos, ideológicos o espirituales. Escenario y protagonistas son los que dan forma y constituyen lo que Mariátegui llamó »la escena contemporánea«.

Ese fue el título de su libro con el que inauguró su imprenta, y que quedaría registrado en la historia de la edición y del libro en el Perú: *La escena contemporánea*, de 1925, conformado, reitero, por las contribuciones periodísticas que Mariátegui envió desde Europa. En un mismo momento, Mariátegui debuta como intelectual-editor (González del Riego & Gonzales Alvarado, 2023) y como autor de libro, pues *La escena contemporánea* fue el primero de su exigua producción bibliográfica. Con ello, no solo se apropia de un bien cultural que las élites oligárquicas querían preservar solo para ellas (la escritura), sino que, además, como autor, es propietario del »medio de producción« (la imprenta) necesario para difundir su forma de interpretar la realidad. Esta idea había visitado su mente en 1919, cuando grupos defensores del orden comenzaron a cercarlo con el boicot, negándole la posibilidad de comprar papel, o no queriendo alquilarle las máquinas para imprimir *La Razón*, por ejemplo.

Lo que explica la oposición a Mariátegui por parte de las élites en el poder es su manera de comprender los problemas internacionales y peruanos, es decir, el mirador marxista que había conquistado recientemente. Este le proporcionaba una perspectiva radicalmente diferente a la que era usual leer en los diarios y revistas de la época. El joven periodista y columnista se había transformado en un maduro intelectual-editor revolucionario.

Su antecedente fue la escritora de corte indigenista Clorinda Matto de Turner, quien también mostraba características poco valoradas por el *statu quo* de fines del siglo XIX: mujer, provinciana, viuda, opositora a Nicolás de Piérola (era cacerista), y con problemas económicos. Por ello, decidió fundar, en 1892, la Imprenta La Equitativa, desde la cual difundió textos en defensa de la mujer, de denuncia de la explotación del indio y de crítica social anticlerical. Solo pudo sostener tres años su empresa, pues en 1895 Piérola mandó a destruir la imprenta, y Clorinda se vio obligada a exiliarse en Argentina. Por lo visto, el uso de la palabra impresa puede ser altamente revolucionario.

Poco después de la publicación de *La escena contemporánea*, Mariátegui y su hermano formalizan, al año siguiente, la inscripción legal de su empresa con el nombre de Imprenta y Editorial Amauta. Desde ambas, la editorial y la

imprensa, Mariátegui dejaría títulos imprescindibles de la reflexión y la creación nacionales, gracias a las obras de Luis E. Valcárcel, Ricardo Martínez de la Torre, Martín Adán, José María Eguren, Carlos Oquendo de Amat, entre muchos más. Asimismo, publicó la gran revista cultural del Perú, *Amauta*, en 1926, tronco del cual nacieron algunas ramas como *Repertorio Hebreo* o *Boletín Titikaka*, además de la revista dedicada al mundo trabajador, *Labor*, otro producto de su propia empresa.

No necesitó Mariátegui, aunque con toda seguridad lo deseaba con vehemencia, salir del hogar que había conformado con Anita Chiappe y su primer hijo, Sandro, quienes lo acompañaron desde Italia, para influir en pensadores sociales y trabajadores. No pudo visitar los sindicatos y dialogar con los obreros, ni viajar por todo el Perú y ver de cerca la explotación del indio; tampoco podía ya recorrer Lima, escenario de sus primeras aventuras periodísticas y personales. Pero sí escribió.

Mariátegui escribió artículos para diarios y revistas que luego darían forma a libros publicados como *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, e inéditos como *Defensa del marxismo*. Tal fue la magnitud de su disciplina escritural, que sus herederos llegaron a publicar varios tomos reuniendo los artículos tanto de su etapa juvenil como de madurez. Pero Mariátegui también redactó cartas, innumerables cartas; mediante ellas ganaba adeptos, debatía ideológicamente, se comunicaba con los trabajadores y polemizaba con ellos si era necesario, establecía redes intelectuales nacional e internacionalmente, formaba su partido político y dirigía la parte intelectual de su empresa editora.

Como Mariátegui no podía salir de su confinamiento en su casa de Washington izquierda, lo frecuentaban visitantes diversos en el famoso Rincón Rojo, pues también sabía cultivar el arte del diálogo: era persuasivo y convencía; y si no, respetaba los puntos de vista diferentes, de quien fuera, sin discriminación alguna. A ese histórico Rincón Rojo acudían intelectuales peruanos, extranjeros, trabajadores, campesinos, y Mariátegui absorbía, con esa inteligencia de esponja que lo caracterizaba, cada información y perspectiva, a las que les otorgaba su particular mirada, añadiéndole una sensibilidad única, como solo él sabía hacerlo.

De alguna manera, *La escena contemporánea* dio inicio a la legitimidad de Mariátegui como pensador marxista. Es cierto que ya era un reconocido y admirado columnista de diarios y revistas, pero la reunión en forma de libro de buena parte de sus artículos, iniciada por su propia empresa editorial, lo catapultó como el gran ideólogo peruano, lo que no hubiera sido posible de haber mantenido sus artículos dispersos en las publicaciones periódicas. La compilación que fue su primer libro, *La escena contemporánea*, ofreció un fresco de su manera de comprender el mundo de su tiempo, de su propia contemporaneidad.

En los años 20, el cine comenzaba a estar de moda, deslumbrando a los espectadores con sus personajes en movimiento y revelando una velocidad distinta a la acostumbrada en la vida cotidiana. Mariátegui recoge esa influencia,

analizando la escena contemporánea como una esencialmente en movimiento y a una velocidad inédita, posible gracias a los recientes inventos, muchos de ellos hechos para fines bélicos. Después de todo, su tiempo fue uno de revoluciones (México, Rusia). Como diría Marx, en tanto locomotoras de la historia, las revoluciones aceleran el ritmo de la vida social. Mariátegui buscó reflejar la velocidad de esas transformaciones, justificando, a su vez, la necesidad histórica de la revolución en el Perú.

La escena contemporánea es una aguda descripción y un profundo análisis de la vida mundial posguerra. Siendo imposible resumir todos los temas que se tratan en sus páginas y todos los matices que incorpora Mariátegui en su fino análisis, solo me queda esbozar algunas breves aproximaciones que el lector encontrará en esta edición de homenaje que realiza Heraldos Editores, que dirige Joel Rojas Huaynates, a los 100 años de la aparición de este libro fundamental.

El primer hecho que Mariátegui aborda es el del fascismo, partiendo de la figura de Benito Mussolini, el político de la reacción, extremista siempre, según es descrito por el Amauta. El fascismo atrajo a disidentes de los socialistas (el propio Mussolini había sido de izquierda), a sindicalistas, y agrupó a las fuerzas conservadoras, incluida la iglesia, porque era capaz de atraer a las masas para enfrentarse a los comunistas. Mariátegui desecha a los intelectuales fascistas y afirma que los únicos intelectuales a ser tomados en cuenta son los intelectuales revolucionarios. En el Perú, el fascismo también empezaba a capturar la mente de una gran diversidad de intelectuales y pensadores sociales.

Mariátegui critica también la democracia burguesa y al parlamento, al que describía como el «corazón enfermo» del orden político de la burguesía. Asimismo, analiza la figura de Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos e inspirador de la Sociedad de Naciones, que fue finalmente desfigurado. Señala que su derrota se debe al desgaste del régimen individualista. Esta es la etapa más anti-parlamentarista y más anti-liberal de Mariátegui. Continúa con el británico Lloyd George, el político del compromiso y de la transacción, preocupado de que la revolución no cunda en Europa, sostiene Mariátegui.

Luego, analiza las elecciones inglesas sosteniendo que el derrotado no es el socialismo, sino el liberalismo, ideología que la propia burguesía, surgida de una revolución, abandona y distorsiona. Desde el otro lado del espectro ideológico, Mariátegui describe elogiosamente a Trotsky, destacando su sagacidad e inteligencia, así como sus reflexiones sobre cultura y revolución. Igualmente, aborda las figuras de Lunatcharsky y Zinoviev, entre otros dirigentes de la naciente Unión Soviética.

Asimismo, analiza el movimiento proletario inglés, el Partido Laborista y la modificación del sentido de su acción: de ser exclusivamente económico a ser centralmente político. Continúa con el socialismo en Francia, destacando la figura de Jean Jaurés, cuya vida estuvo dedicada «...íntegramente a la causa de los humildes». Con respecto al comunismo francés, Mariátegui sostiene que hubo un

proceso de bolcheviquización que devino en rupturas dentro de la izquierda, y »...una serie de eliminaciones que, naturalmente, no pudieron realizarse sin penosos desgarramientos«. Un argumento parecido utilizaría Mariátegui para explicar su ruptura con el aprismo. También hubo una ruptura dentro del socialismo italiano, entre dos sectores que representaban, a su vez, dos mentalidades, »dos ánimas diversas«: una expresión del socialismo de la preguerra y otra del socialismo de la posguerra, respectivamente. De igual modo, analiza el caso del socialismo alemán y el papel de Friedrich Ebert.

En torno a los intelectuales, Mariátegui se extiende en la figura de Henri Barbusse, y señala, por ejemplo, que la revista *Clarté* se mantiene como »un núcleo de intelectuales de vanguardia, entregado a un trabajo de preparación de una cultura proletaria«. Por su parte, de Anatole France destaca que fue un defensor de la »justicia de los pobres, la utopía y la herejía de los rebeldes«. Pasando a Rusia, Mariátegui describe a Máximo Gorki como el escritor »de los vagabundos, de los parias; de los miserables«. También aborda a personajes como el poeta Alejandro Blok y al dibujante George Grosz; de Italia, analiza a Filippo Tomasso Marinetti, el autor del »Manifiesto futurista«.

Acerca de la relación entre Occidente y Oriente, Mariátegui sostiene que Oriente también ansía la revolución, que ya no es un proyecto exclusivo de Occidente. Destaca la creciente importancia de China en el comunismo internacional; también se ocupa de Ghandi, cuya »obra es más religiosa y moral que política«; así como de Rabindranath Tagore, portador de un »generoso internacionalismo. Internacionalismo de poeta; no de político«. Sobre Turquía, sentencia que »el fenómeno revolucionario ha echado hondas raíces en el alma otomana«.

Mariátegui concluye su libro con la relación entre el semitismo y el anti-semitismo. Da cuenta del »renacimiento judío«, que, afirma, no es la reivindicación de una nacionalidad ni de una religión, sino que se trata del »renacimiento del genio, del espíritu, del sentimiento judío«. La reacción es el antisemitismo, que »se nutre de nacionalismo y de conservantismo. Constituye un sentimiento y una idea de las derechas«.

Los artículos compilados en *La escena contemporánea* no agotan todo lo que Mariátegui escribió sobre la vida mundial. Su preocupación internacionalista tiene antecedente en los escritos de Francisco García Calderón, quien, a su vez, con su libro *El Perú contemporáneo*, inspiraría la redacción de *7 ensayos* de Mariátegui. En ambos autores encontramos rigor analítico y una preocupación constante, no una simple curiosidad intelectual ocasional. La diferencia estriba en la lectura marxista —insólita en el debate peruano hasta entonces— de Mariátegui, quien observa los hechos desde la perspectiva de la revolución. En tal sentido, la relación entre marxismo y revolución permite entender mejor la siguiente cita del ideólogo peruano: »Marx, que descubrió la contradicción entre la forma política y la forma económica de la sociedad capitalista y predijo su ineluctable y fatal decadencia,

dio al movimiento proletario una meta final: la propiedad colectiva de los instrumentos de producción y de cambio».

La escena contemporánea es, al final de cuentas, la explicación y justificación que ofrece Mariátegui sobre la necesidad histórica de la revolución.

referencias bibliograficas

Gargurevich, J. (1978). *La Razón del joven Mariátegui (Crónica del primer diario de izquierda en el Perú)*. Lima: Editorial Horizonte.

Gonzales Alvarado, O. (2021). Campo cultural y la Sociedad Editora Amauta. La otra aventura de José Carlos Mariátegui. *Revista de Sociología*, 32.

González del Riego Espinosa, D. & Gonzales Alvarado, O. (2023). *El intelectual-editor y el doble valor del libro en el Perú desde fines del siglo XIX hasta fines del siglo XX*. Lima: Librosperuanos.com

Ulloa, A. (1930). José Carlos Mariátegui. *Nueva Revista Peruana*, II(6), 261-279.

PRESENTACIÓN

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI. LA ESCENA CONTEMPORÁNEA

SARA BEATRIZ GUARDIA

En 1925 hace 100 años, Jose Carlos Mariátegui publicó *La escena contemporánea*. Fue también el primer libro que publicó la Imprenta Minerva. Por ello, en la nota de la edición facsimiliar que hoy presentamos, Joel Rojas, señala que también significa un tributo a la historia del Minerva que nos enseñó que una editorial no sólo es un vehículo de difusión cultural, sino un lugar de disputa estética política. En esta perspectiva, la reedición de esta obra fundamental en el contexto en el que vivimos, significa – señala Joel – reivindicar el poder de la palabra impresa como trinchera, y el legado de Mariátegui como un faro para imaginar un país libre plural y justo.

Como señala, Osmar González, en la nota preliminar, *La escena contemporánea* es un profundo análisis de la vida mundial de posguerra, donde Mariátegui, ofrece “su manera de comprender el mundo de su tiempo de su propia contemporaneidad”. En efecto, su pensamiento está expresado en los siete capítulos del libro: Biología del fascismo, La crisis de la democracia, Hechos e ideas de la Revolución Rusa, La crisis del socialismo, La revolución de la inteligencia, El mensaje de Oriente, Semitismo y anti semitismo, compuesto por 42 artículos. Porque como bien señala Mariátegui, “no es posible aprehender en una teoría el entero panorama del mundo contemporáneo, no es posible, sobre todo, fijar en una teoría su movimiento. Tenemos que explorarlo y conocerlo, episodio por episodio, faceta por faceta”

Es la década de la posguerra y del triunfo de la Revolución Rusa. En México caen asesinados Pancho Villa y Emiliano Zapata; Sandino lucha en Nicaragua; Gandhi se prepara a liberar la India, y los fascistas marchan a Roma. En el Perú, las intensas jornadas obreras por las ocho horas dan lugar a la organización proletaria; surgen corrientes literarias y artísticas de expresión genuinamente nacional y José Carlos Mariátegui irrumpe en el escenario nacional con su proyecto socialista. Son los años también del surrealismo, de la "Quimera de Oro" de Chaplin y de "El acorazado Potemkin" de Eisestein; se baila el charleston y el vals. Las mujeres se cortan los cabellos y se despojan de sus largos trajes.

Efectivamente, tal como afirma Jorge millones en un comentario, estamos frente a un libro de extraordinaria vigencia. No se trata de una simple reedición, es un acto de homenaje en "plena época de desmoronamiento moral, cultural y político en el Perú y el mundo". Porque *La escena contemporánea* no se limita a diagnosticar: invita a transformar. Nos convoca no solo a leer, sino a pensar; no solo a pensar, sino a resistir. Y, sobre todo, a no dejar de soñar con otra escena posible.

Al respecto, es importarte señalar que también en 1925, Mariátegui publicó en la revista Mundial, un artículo titulado: El Hombre y el Mito, que está en el libro *El alma matinal*, donde afirma que: "Todas las investigaciones de la inteligencia contemporánea sobre la crisis mundial desembocan en esta unánime conclusión: la civilización burguesa sufre de la falta de un mito, de una fe, de una esperanza."

El "mito – dice Mariátegui – mueve al hombre en la historia. Sin un mito la existencia del hombre no tiene ningún sentido histórico. En su ensayo, "Dos concepciones de la vida", sostiene que lo que diferencia a los hombres no solo es la doctrina sino el sentimiento. La intuición de la vida "no asoma exclusivamente, en la prosa beligerante de los políticos", la fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia sino en su fe, en su pasión y en su voluntad. El "mito – agrega Mariátegui – mueve al hombre en la historia. Sin un mito la existencia del hombre no tiene ningún sentido histórico. La historia la hacen los hombres poseídos e iluminados por una creencia superior, por una esperanza super –humana; los demás hombres son el coro anónimo del drama. El ideal en la vida es tener un gran ideal. El hombre contemporáneo tiene necesidad de fe. Y la única fe que puede ocupar su yo profundo, es una fe combativa". Por ello, enfatiza: "No soy un espectador indiferente al drama humano". "Soy, por el contrario, un hombre con una filiación y una fe".

Y es esta fe, y este ideal que anima las páginas de *La escena contemporánea*. El primer capítulo Biología del fascismo, ofrece como bien señala Jorge Millones, "una de las primeras y más penetrantes caracterizaciones del fenómeno fascista desde una perspectiva marxista en América Latina. Lejos de concebirlo como un accidente italiano o una mera reacción autoritaria, lo interpreta como el resultado histórico de la crisis del capitalismo liberal y del fracaso de la burguesía para resolver sus propias contradicciones estructurales".

Mariátegui analiza el fenómeno fascista desde las raíces históricas que permitieron que surgiera en Italia en un período posterior a la Primera Guerra Mundial, así como el factor ideológico del discurso fascista a través de los artículos: Mussolini y el fascismo. D'Annunzio y el fascismo. La Inteligencia y el aceite de ricino. La Teoría Fascista, y Los nuevos aspectos de la batalla fascista.

Mientras que La crisis de la Democracia, centra su análisis en Wilson, La Sociedad de las Naciones, Lloyd George, El sentido históricos de las elecciones inglesas de 1924, Johan Maynard Keynes, La democracia Católica. El tercer capítulo, Hechos e ideas de la Revolución Rusa nos brinda un interesante análisis de la obra de Trotsky, Lunacharsky, Zinoviev y de la Tercera Internacional. Al referirse a Anatoli Lunatcharsky señala: El Comisario de Instrucción Pública de los Soviets es un brillante tipo de hombre de letras. Moderno, inquieto, humano, todos los aspectos de la vida lo apasionan y lo interesan. Nutrido de cultura occidental, conoce profundamente las diversas literaturas europeas. Pasa de un ensayo sobre Shakespeare a otro sobre Maiakovski. Su cultura literaria es, al mismo tiempo, muy antigua y muy moderna. Tiene Lunatcharsky una comprensión ágil del pasado, del presente y del futuro. Y no es un revolucionario de la última sino de la primera hora. Sabe que la creación de nuevas formas sociales es una obra política y no una obra literaria. Se siente, por eso, político antes que literato. Hombre de su tiempo, no quiere ser un espectador de la revolución; quiere ser uno de sus actores, uno de sus protagonistas. No se contenta con sentir o comentar la historia; aspira a hacerla. Su biografía acusa en él una contextura espiritual de personaje histórico.

En el capítulo La crisis del socialismo, es importante la presencia de intelectuales como Henri Barbusse, Antatole France, Maximo Gorki, Alejandro Blok, George Grosz y Filippo Marinetti, fundador del movimiento cultural conocido como Futurismo. Es importante destacar el aprecio de Henri Barbusse por Mariátegui, cuando dijo: ¿Ustedes no saben quién es Mariátegui? Y bien... es una nueva luz de América, el prototipo del nuevo hombre americano.

En el capítulo, El mensaje de oriente, nos revela la importancia de Mahatma Ghandi, por su presencia espiritual y religiosa, y la de Rabindranath Tagore por su impacto en la literatura, la música, el arte y la filosofía. En ese capítulo también se refiere a La revolución turca y el Islam. Mientras que en el capítulo Semitismo y Antisemitismo, afirma que "Uno de los fenómenos más interesantes de la post-guerra es el del renacimiento judío. Los fautores del sionismo hablan de una resurrección del pueblo de Israel. El pueblo eterno del gran éxodo se siente designado, de nuevo, para un gran rol en la historia".

La escena contemporánea, nos invita a pensar, soñar, resistir. Sobre todo hoy, que la presentación de esta edición fascimular que nos ofrece Joel Rojas, coincide con la celebración de La Batalla de Junin, librada el 6 de agosto de 1824, cuando el Ejército Libertador liderado por Simón Bolívar, derrotó al ejército español, favoreciendo las condiciones para el triunfo definitivo de los patriotas en la Batalla de Ayacucho, que selló nuestra independencia.